

LEER
e

Jesús Carazo

LA CIUDAD DONDE HABITA CARIBDIS



La ciudad donde habita Ca- ribdis

© Jesús Carazo

© 2013 Leer-e

Editado por Leer-e 2006 S.L

C/ Monasterio de Irache 74, Trasera. 31011 - Pamplona www.leer-e.es

ISBN: 978-84-15970-25-5

A la memoria de TOMÁS CRUZ, creador de los premios Sésamo.

C'est une espèce de serpent immense, majestueusement lové en ses plis infinis, dont les écailles brillent au sortir de l'eau. C'est le prototype de la femme, dont les kumbenjaló disent: Ce serpent-là ne pique pas. Il avale.

Sory Camara.
Paroles de nuit.

1

Así que, cuando aquel hombre salió del compartimento, pudo estirarse un poco y sacar la cajita de regaliz. La muchacha que estaba sentada frente a él le lanzó una mirada. Monleón se fijó en su blusa: era casi transparente y dejaba ver la silueta de dos pechos minúsculos. Le hubiera gustado ofrecerle una de sus pastillas, darle a entender que no se trataba de una medicina, que él no tenía úlcera ni escorbuto, que era sólo una inocente costumbre adquirida en los tiempos en que había abandonado para siempre el tabaco. Se preguntó si habría que decir *pastille* o *dragée*. («Voulez-vous une dragée?») De cualquier modo, no iba a atreverse. Estaban en Francia y aquella encantadora jovencita no hubiese aceptado de un desconocido ni siquiera un pedazo de regaliz. Volvió a guardar la caja y permaneció inmóvil, contemplando el desfile interminable de los bosques de pinos. Ahora el tren lo arrastraba al interior de aquel país vecino-pero-extraño, parecido-pero-diferente. Al cruzar la frontera había imaginado que el aire se cargaba de libertades, de impunidad. Una sensación voluptuosa, como la de bañarse en leche o en vino. «Excusez-moi, monsieur», dijo la muchacha levantándose. Monleón se retiró un poco para que ella pudiera pasar y la siguió con la mirada mientras abandonaba el compartimento. Quizá debería salir al pasillo y esperar a que ella volviese para

entablar un diálogo. A lo mejor iba también a Burdeos. («Vous aussi, vous allez à Bordeaux?») Decidió no moverse. Aún tenía más de una hora por delante. El viajero que había salido ocupó otra vez la plaza de la izquierda y comenzó a desplegar su periódico. Monleón se dio cuenta de que lo estaba observando. Se diría que lo miraba como a un invasor, que tenía ciertas dudas sobre si concederle o no el permiso para viajar en sus trenes, para contemplar sus bosques y respirar su oxígeno. Después, el hombre se enfrascó de nuevo en la lectura del *Sud-Ouest*. Debía ser un diario de la región; había un artículo sobre la vendimia en la última página. Monleón se preguntó dónde estarían las viñas. No había visto ninguna desde que cruzaron la frontera. La muchacha abrió la puerta y pareció sonreírle al pasar. Quizá podría decirle algo ahora. (¿Le habría acordado el hombre del periódico el derecho a hablar a sus mujeres?) Claro que, a la primera frase, todos lo mirarían como a un minusválido. El francés era un idioma imposible, por mucho que uno se esforzara en imitar aquellas erres gangosas, por mucho que intentase hacer la diferencia entre la e abierta y la e cerrada. Además, él lo había aprendido hacía más de veinte años, y ahora sólo tenía ocasión de hablarlo cuando iba a París a ver museos, a ver arte. «¿Es usted español?» La mujer que se hallaba sentada en el mismo lado, junto a la entrada, había aprovechado el instante en que sus ojos se cruzaron para hacerle la pregunta. El hombre del periódico acechó la respuesta. Cuando Monleón dijo que sí, la mujer le contó que ella iba a ver a una hija que vivía en Burdeos. El hombre del periódico pareció sentirse molesto porque la conversación se hacía a través de él; se encogió un poco, como para no entorpecer el diálogo. La mujer dijo que su hija estaba casada con un bordelés y que ella había venido varias veces a Francia, pero que no entendía nada de aquel «chau-chau». «¿Va usted también a Burdeos?», le preguntó en seguida. Monleón respondió que sí y se puso en guardia esperando el in-

terrogatorio. Sospechaba que los otros viajeros, es decir, la muchacha y el *monsieur* del periódico, comprendían su idioma. Seguramente no perdían palabra. La mujer quiso saber si Monleón trabajaba en Burdeos. No, no; él iba sólo a terminar un libro, un libro sobre la pintura de Goya. La mujer permaneció en silencio unos segundos; sin duda hubiera preferido encontrar a un vendimiador o a un simple turista. La muchacha, en cambio, lo miró con cierto interés. (Ahora debía saber que él era un hombre de letras, un intelectual.) El viajero del periódico pareció hacerse más pequeño cuando las palabras de la mujer silbaron de nuevo ante su nariz. Ella no era tan ignorante que no supiese que Goya había muerto en Burdeos. Un día, su hija y su yerno le habían mostrado la casa del pintor. No, no habían subido a visitarla; no sabían que eso fuera posible. Además, en Francia todo era tan caro..., decía lanzando una rápida mirada al señor del periódico y luego otra más intensa a Monleón, como tratando de establecer una remota complicidad. (Comenzaba a temer que aquello se prolongara hasta el final del viaje. ¡Si al menos pudiese lograr que la muchacha participara también en el diálogo!) Contempló un instante sus pechitos, pero la mujer volvió a la carga para preguntarle si él era un escritor «o algo así». No, él era profesor, profesor universitario, dijo Monleón lentamente, mientras imaginaba que sometía a su interlocutora a un cuestionario parecido: en qué empresa trabajaba su yerno, si ella era viuda —y, en caso afirmativo, a cuánto ascendía su pensión—, y después, sin darle tiempo a respirar, qué opinaba ella de la democracia, del socialismo, de los curas, de los militares, a quién había votado en las últimas elecciones... La mujer había girado el cuerpo hacia él y le hablaba ya en un tono confidencial, con medias palabras, como si se sintiera vigilada. Francia era un país muy hermoso, decía, pero la gente —y miraba otra vez al *monsieur*, que había desaparecido detrás de su periódico— resultaba demasiado «estirada», demasiado seria. Y no era que ella pensara así

porque no entendía el idioma: su hija decía lo mismo, y también los españoles que había conocido en Burdeos. De modo que, tras una o dos semanas en esa ciudad, ella estaba deseando volver a su tierra porque en Francia se pasaba los días sin hablar con nadie, todo el mundo trabajaba: su yerno, su hija... Hasta el nieto se estaba quedando «como triste». La muchacha cambió la posición de las piernas y pareció que iba a decir algo. No, no, sólo quería sacar del bolso una novelita de pastas blancas, una novela de Robbe-Grillet. La situación comenzaba ya a mostrarse definitiva e irreversible: los indígenas enfrascados en sus lecturas y los alienígenas sumidos en una conversación languideciente cuyos dilatados silencios le hacían a Monleón concebir esperanzas de haber llegado al punto final. Pero no: dos o tres minutos después, la mujer la emprendía con otro tema que él trataba de agotar en una sola réplica, mostrándose absolutamente de acuerdo, fatalmente resignado o decididamente pesimista. Por fin, ella se quedó callada y Monleón pudo recostarse en su asiento, con los ojos cerrados, como para descabezar un sueñecito. Apenas faltaba media hora de viaje y había que abandonar ya toda esperanza de entablar un diálogo con aquella deliciosa señorita que, a lo peor, ni siquiera iba a Burdeos. Ahora tenía la impresión de que por primera vez tomaba conciencia de aquella aventura —igual que si se hubiera iniciado en el instante mismo en que la mujer había decidido guardar silencio—, y comenzaba a sentir como un sutil desgarramiento al pensar que se alejaba de Madrid, de Pilar, de sus colegas del Departamento de Arte, para vivir en una situación de soledad permanente, que, a fin de cuentas, iba a permitirle llevar a cabo la redacción de su interminable monografía sobre la pintura de don Francisco de Goya. Cuatro meses de estancia en Burdeos con el propósito *oficial* de incluir en su libro algunos datos sobre los últimos años de la vida del artista— un tema que en realidad le interesaba muy poco porque su obra se centraba exclusiva-

mente en el estudio de las técnicas pictóricas, pero que le había servido de pretexto para solicitar aquella beca de investigación en el extranjero y lograr así los cuatro meses que le hacían falta para dar fin a su trabajo. Cuatro meses de libertad envidiados por sus colegas, por Vázquez sobre todo. « ¡Chico, cómo te lo montas! », le había dicho. Pero es que él *nunca se había montado nada*; sus siete años de matrimonio habían sido siete años de fidelidad, así, como suena. Nadie iba a creérselo, claro. Sobre todo Vázquez, que se pasaba por la piedra a las alumnas más aparentes, una tras otra. De modo que, a veces, mientras se tomaban una cerveza en el bar de la Facultad, su colega le señalaba a alguna soberbia rubia y le decía que la noche antes se la había llevado a la cama. Entonces él le daba la enhorabuena y se sentía como un imbécil, como un impotente, como un don nadie. Y es que ahora, aseguraba Vázquez, también las jovencitas habían comenzado a intuir la fugacidad de la existencia, la vanidad de cualquier proyecto duradero. Así que también ellas se apresuraban a recoger el dulce fruto de sus primaveras sin preocuparse por inviernos ni otoños, porque quién sabía si iba uno a llegar a la estación siguiente con el paro, la polución, la guerra atómica, el terrorismo, el SIDA, la Ley de Reforma Universitaria... Monleón solía replicarle que las cosas sólo habían cambiado en apariencia y que sus víctimas seguían aspirando al matrimonio. Lo que ocurría era que todas se sentían capaces de lograr lo que las demás no habían logrado: tomar las armas y acabar por fin con el monstruo del laberinto...

«¿Usted qué hora tiene, por favor?», dijo la voz de la mujer, y Monleón volvió a oír el traqueteo de las ruedas y a darse cuenta de que aún seguía viajando, alejándose. Cuando ella supo la hora, le anunció que faltaba muy poco, pero Monleón no la miró siquiera: cerró los ojos de nuevo e hizo como si se hubiera quedado dormido. Los viajes en ferrocarril ofrecían la oportunidad de hacer un examen de

conciencia, un balance. Era posible hurgar en la memoria sin tener la impresión de estar perdiendo el tiempo: el tren seguía siempre en la buena dirección, aproximándole a uno a su destino. Comenzaba a preguntarse por qué todo se había encadenado con tanta rapidez, como si alguien, misteriosamente, hubiera ido abriéndole paso. ¡Pero si casi se había visto arrastrado desde el mismo día en que tuvo noticia de aquellas ayudas a la investigación! Sobre todo porque al entusiasmo de los primeros tiempos le había sucedido cierto desinterés, cierta apatía, cuando ya el asunto estaba en marcha, cuando ya todo rodaba cuesta abajo. Así que al saber que le habían concedido la beca había sentido un inexplicable deseo de rechazarla, pero las enhorabuenas de sus compañeros y las palabras de Pilar — convencida de que era el único modo de que terminase su libro— le habían decidido a seguir adelante. Sin embargo, hasta el último día había mantenido la secreta esperanza de que en la Facultad le negaran la autorización para ausentarse durante aquel primer trimestre. Pero no. Otra vez el camino abierto, el camino hacia el dorado exilio. Tenía la impresión de que se iba *contra su voluntad*, como si todos le hubiesen empujado un poco. Ya no le era posible recordar lo que bullía en su cabeza cuando en el mes de abril había puesto en marcha todo el proceso, y se preguntaba si no habría otras razones que le hubiesen impulsado a buscar una evasión así. Aunque no: él se sentía moderadamente feliz en sus clases, moderadamente feliz en sus trabajos de investigación, moderadamente feliz en su matrimonio. Se trataba, tal vez, de hacer un alto en el camino, de tomarse un tiempo de reflexión ahora que había entrado en la cuarentena y que todo parecía excluir cualquier cambio de rumbo, cualquier destino que no fuese el que había elegido hacía doce años, cuando solicitó una plaza de ayudante en la Facultad. De modo que, paralelamente al decidido propósito de terminar su libro, aquel viaje era también un descanso sabático, merecido, claro, porque se

lo habían concedido en atención a sus méritos, a sus publicaciones, a la abrumadora minuciosidad de su tesis sobre la pintura española del siglo diecinueve, a los cientos de sibilinas adulaciones que se había visto obligado a deslizar en los contactos diarios con su catedrático, a los miles de horas que se había pasado consultando librotres para publicar después un artículo en alguna revista especializada — artículos que nadie leía, pero que siempre era posible presentar, fotocopiados, en el apéndice de su *curriculum*—, a las conferencias que, de cuando en cuando, pronunciaba en el Círculo Mercantil —conferencias a las que acudía poca gente, pero que figuraban también entre sus méritos... Y es que, en España, todo era cuestión de añadirle una hoja más al currículum porque los méritos se calibraban al peso, el peso era el mérito. Y, según esa regla de cálculo, los cuatro años que él se había pasado estudiando la pintura de Goya, visitando museos, galerías, colecciones privadas, no contaban, no existían aún en la estimación de la gente. Era necesario que se encarnasen en un libro, que cobraran un peso, cien o doscientos gramos de mérito. Ahora todo el trabajo de esos cuatro años —una hipertrofia de fichas ordenadas alfabéticamente y sujetas con gomas— viajaba con él, allá arriba, en la maleta gris que se hallaba sobre su cabeza.

Cuando abrió los ojos, la mujer se había puesto en pie y estaba recogiendo el equipaje. Comenzaban a verse las primeras casas. Frente a él, la muchacha trataba también de bajar una enorme bolsa de lona. Monleón se levantó y la ayudó a colocarla en el asiento. «Merci, monsieur», dijo ella con una sonrisa. (¡Lástima que el viaje concluyese precisamente ahora!) El hombre del *Sud-Ouest* había recobrado su tamaño habitual y parecía casi amable. Hasta se puso en pie cuando Monleón comenzó a tirar del asa de su maleta. Debía ser por miedo a recibir un golpe que le hu-

biera dejado inútil para la lectura de periódicos. Algunos viajeros se encaminaban ya hacia la plataforma. Monleón comenzaba a sentir una oscura ansiedad, una ansiedad que se hizo casi dolorosa cuando el tren se detuvo en la estación de Burdeos.

Arrastró su equipaje por el andén lamentando no haber seguido los consejos de Pilar, empeñada en que fuera a comprarse una de aquellas maletas que llevaban ruedecitas en la parte de abajo. La joven que había viajado en su compartimento caminaba unos metros por delante y Monleón vio que, a punto de desaparecer por uno de los túneles de salida, volvía un instante la cabeza hacia él. Hubiera jurado que en aquella mirada había algo más que simple curiosidad. Casi sin pensarlo se introdujo por el mismo lugar y se encontró en una gran plaza que estaba en obras. Había varios cafés al otro lado, y cuatro o cinco taxis esperando junto a la acera. La muchacha se alejaba rápidamente del brazo de un joven. Monleón subió a uno de los taxis y le pidió al conductor que lo llevara a un hotel «pas cher». El hombre ni siquiera se volvió para mirarlo. Recorrieron una calle de casas bajas y llegaron a otra plaza presidida por un gran arco de piedra amarillenta. A la entrada, sobre el encintado que dividía la calzada en dos partes, un individuo de rasgos norteafricanos hacía girar, por encima de su cabeza, un paraguas de color negro. Debía ser un demente, aunque su rostro y su atuendo no parecían en absoluto inquietantes. Monleón se preguntó qué podría significar una obsesión así en el cerebro desajustado de aquel hombre. El taxista le lanzó también una mirada mientras esperaban a que se abriese el semáforo. «Il est toujours là», dijo en un tono casi inaudible, y, cuando se alejaron de allí, el loco siguió dándole vueltas a su paraguas como un habitante del desierto que hubiera caído por error en aquel laberinto de automóviles. El taxi se detuvo a unos cientos de metros de la plaza, a la puerta de un viejo hotel. Monleón pagó lo que parecía una cantidad exorbitante y arrastró su maleta hasta

el interior. Una mujer que leía el periódico en un silloncito le dijo que ya no quedaban habitaciones; en el mes de septiembre muchos estudiantes venían a buscar apartamento y a inscribirse en la Universidad. A aquellas horas, ella estaba segura de que le sería difícil encontrar una cama. Monleón salió de allí y se quedó plantado en la acera, mirando a la gente que parecía apresurarse calle abajo. Detrás se veía la plaza del loco y, al otro lado, un campanario gótico rematado por una colosal imagen de la Virgen. (Lo de la estatua debía ser un recuerdo del siglo diecinueve. Resultaba increíble que en un país como Francia se hubiese autorizado aquel aberrante postizo.) Decidió acercarse al lugar, y la catedral estuvo muy pronto ante sus ojos, ennegrecida por la polución. Permaneció un rato contemplándola, sentado en un sombreado jardincillo. Después, un hombre le indicó dónde podía encontrar otros hoteles: era preciso subir por una calle en cuesta y llegar al centro de la ciudad, al *cours* de l'Intendance. Mientras caminaba hacia allí, se miró en la luna de un escaparate. Tenía las gafas torcidas y la camisa empapada en sudor. Con aquella enorme maleta, la gente debía pensar que era un viajante de comercio o algo parecido.

El sol se ocultaba a su izquierda, tras las últimas casas. Esa tarde parecía que todo el mundo se había propuesto utilizar el automóvil. Una interminable caravana de coches circulaba junto a él, abriéndose paso con dificultad. Algunos conductores debían de llevar largo rato en el interior de sus vehículos. Seguramente estaban a punto de gritar, a punto de salir corriendo, pero seguían allí, muy serios, sentados al volante. Monleón se alegró una vez más de no saber conducir.

El *cours* de l'Intendance resultó ser una avenida llena de elegantes comercios, y no muy lejos encontró un hotelito de agradable apariencia. El precio, al traducirlo en pesetas, resultaba algo excesivo, desde luego, pero al menos tenían camas disponibles. El encargado le dio una llave y le señaló

el ascensor. Monleón fue leyendo los números de las puertas a lo largo de un interminable pasillo y entró por fin en una habitación de muebles viejos, oscuros, deteriorados por el uso. Dejó la maleta en el suelo y permaneció un rato asomado a la ventana, viendo cómo anochecía sobre la ciudad. En esos momentos hubiera deseado no haber pedido aquella beca.

A las nueve bajó a la calle y anduvo buscando una cabina telefónica. La primera que encontró se hallaba fuera de servicio; en la segunda, el aparato dejaba asomar sus eléctricas entrañas por el agujero de un inexistente marcador; el auricular de la tercera no aparecía por ningún lado... Se sintió de pronto lleno de angustia, como si su vida dependiera de esa llamada, y al final corría de una calle a otra maldiciendo a los autores de aquellos vandálicos destrozos. Media hora después halló otra cabina en cuyo interior había un negro ocupado en una conversación interminable. Esperó un rato pegado al cristal de la puerta, dirigiendo de cuando en cuando furiosas miradas a aquel hombre. Luego comenzó a dar vueltas a su alrededor, como un tiburón sanguinario. Cuando el negro salió, Monleón puso en el aparato todas sus monedas. Temía que algo fallase en el último instante. Por fin oyó la voz de Pilar al otro lado del hilo. No parecía preocupada por su suerte; sólo deseaba saber si hacía calor y si la ciudad era bonita. El aparato se iba tragando las monedas con voracidad. Monleón le contó cómo había corrido de un lado para otro hasta encontrar una cabina en buen estado y la comunicación se cortó de pronto, sin que hubieran podido despedirse.

Regresó lentamente hacia el centro, un poco más deprimido, un poco más desalentado..., pero, ¡qué diablos!, aquello era la libertad, el ¡hay que ver cómo te lo montas, chico! En la plaza de Gambetta, la gente llenaba las terrazas de las cafeterías, de los restaurantes. Comió algo en

un *selfservice* y, tras consultar el plano que le habían dado en el hotel, bajó por el *cours* de l'Intendance en dirección al Gran Teatro de Burdeos. Seguramente el anciano Goya había recorrido muchas veces aquel mismo camino al lado de Leocadia, la compañera de sus últimos años. El Gran Teatro era un soberbio edificio de corte clásico, adornado por una columnata corintia. Frente a él no resultaba difícil imaginar un siglo dieciocho lleno de esplendor en una ciudad que entonces debía ser de las más hermosas del mundo. Pasó un buen rato contemplando aquel peristilo lleno de gracia. ¡Ah!, cómo le hubiera gustado dejar, a su muerte, algo así; algo sólido, eterno, algo ante lo cual las gentes pudieran decirse: « ¡He aquí la obra maestra de Agustín Monleón! » Mucho se temía, sin embargo, que de su paso por este mundo sólo fuese a quedar —en el mejor de los casos— aquel estudio sobre las técnicas pictóricas de don Francisco de Goya. Un mamotreto, a fin de cuentas, un «ladrillo», que dirían sus alumnos. Dio la vuelta al edificio y entró en las *allées* de Tourny, un bellissimo paseo que llegaba hasta el *cours* Clemenceau. Se sentía muy débil. Le parecía haberse subido a un barco que no era el suyo y estar dándose cuenta en medio del océano, cuando la cosa ya no tenía remedio. Le hubiera gustado cerrar los ojos un instante y volver a abrirlos en Madrid, en su cama, con Pilar leyendo a su lado, a la luz de la lámpara de la mesilla. Durante la cena habrían estado haciendo proyectos para comprar aquel grabado que él acababa de descubrir en una tienda de antigüedades, o para añadir otro cuerpo a la biblioteca, porque los libros desbordaban ya las estanterías. Un mundo pequeñito, una vida sin importancia *comparada* con la solemne belleza del Gran Teatro de Burdeos, pero un mundo que contemplado desde allí, es decir, a esa distancia, desde esa perspectiva, le había proporcionado ya siete años de doméstica beatitud, siete años de relativa felicidad y hasta incluso —como aquella vez que una universidad americana le pidió una copia de su tesis— de felicidad

completa y verdadera. Desde luego que le hubiese gustado ser un genio como Goya (o al menos tener ya su cátedra, caramba, que comenzaba a hartarse de hacer méritos), pero con el tiempo había ido aprendiendo a vivir con sus traumas, con sus represiones, con sus frustraciones, con todos esos monstruos familiares a los que era preciso mantener ocultos en algún oscuro rincón de la memoria —un lugar del que escapaban a veces por la noche, al apagar la luz de la habitación, cuando Pilar dormía ya a su lado, ajena a aquella turbadora visita, a aquella visita terrible; les oía él resoplar, rugir, y allí estaban otra vez, como pesadillas escalofriantes, pidiendo ayuda, pidiendo remedio...

Se adentró por una de las calles que subían hacia el hotel planeando un eventual regreso a España: podría quedarse unos días en la ciudad, visitar los lugares por donde había pasado Goya, recoger algunos datos, llenar algunas fichas y volver a Madrid aquejado por un terrible lumbago o una supuesta piedra en el riñón, algo que nadie pudiese comprobar y que *probablemente* no volvería a producirle más trastornos a lo largo de su vida. En la Facultad iban a reírse de él, sin duda. « ¡Si es que tú no sirves para esto, hombre! », le diría Vázquez. Bueno, no sería el primero que renunciase a una beca. Por el contrario, si decidía seguir en Burdeos, se vería obligado a vivir en alguna siniestra habitación y a soportar una absoluta soledad —soledad que él añoraba a veces en Madrid, pero que en esos momentos le producía escalofríos. Así que a un lado ponía él toda aquella familiar beatitud y al otro las inevitables servidumbres de la vida de soltero, aderezadas con la sal y la pimienta de la libertad —privilegio que podía resultar excitante en un principio, que seguramente lo era, pero que debía de acabar siendo fatalmente nefasto, como el oxígeno puro. « ¡Si es que lo tuyo es el braserito, la mantita en las piernas! », le oía ya decir a Vázquez. Y es que, a lo mejor, su amigo tenía razón. A lo mejor se había hecho viejo de repente, al cumplir los cuarenta; a lo mejor lo suyo